

¡Pídela! (9/13)

Dr. Justo L. González



El Discípulo
Santiago 1.1-11
2 de agosto de 2019

¡Pídela!
(9 de 13)

Texto bíblico: Santiago 1.1-11

Introducción:

Empezamos ahora la tercera y última unidad de este trimestre, y seguimos estudiando el tema de la sabiduría. En la primera unidad estudiamos la sabiduría del Antiguo Testamento. En la segunda, la sabiduría tal como aparece en los Evangelios, en varios episodios de la vida de Jesús —quien, como vimos, es la encarnación del Verbo o Sabiduría de Dios. Ahora, en esta unidad y durante todo el presente mes de agosto, enfocaremos nuestra atención en la sabiduría tal como la entendía uno de los primeros seguidores de Jesús—y por tanto también como la entendía al menos una buena parte de la naciente iglesia. Lo haremos, en una palabra, estudiando la Epístola de Santiago.

Naturalmente, esta epístola—como toda la Biblia—fue escrita en tiempos muy diferentes a los nuestros. Fue escrita en tiempos en que los cristianos eran una pequeñísima minoría, frecuentemente asediada no solo por la hostilidad abierta de otras personas, sino también por la dificultad de vivir como discípulos de Cristo en la sociedad de entonces. Pero la verdad es que, aunque la sociedad ha cambiado mucho, y aunque hoy quienes se llamas cristianos se cuentan en millones y hasta en centenares de millones, en la raíz las cosas no han cambiado tanto. Hoy la sociedad que nos rodea sabe más acerca de quién fue Jesús y lo que enseñó. Pero

no por eso lo sigue mucho más fielmente. Y no por eso se nos hace fácil ser sus discípulos.

Luego, lo que Santiago dijo en aquellos tiempos, ofreciéndoles a otros creyentes consejo y dirección en cuanto al modo de vivir y comportarse, todavía tiene vigencia para nosotros y nosotras hoy. Hoy habrá computadoras, aviones y plantas atómicas que Santiago nunca pudo soñar. Pero hoy también el bien y el mal siguen existiendo. Hoy también el pecado se enseña de la humanidad. Hoy también hay abuso y explotación. En una palabra, hoy también lo que Santiago dijo sigue siendo palabra de Dios en medio de nuestra situación.

Vocabulario bíblico:

DISPERSIÓN o DIÁSPORA: Era el nombre que se les daba a los judíos esparcidos por todo el mundo fuera de Tierra Santa. Sabemos que había muchísimos judíos en Egipto, donde llegaron a tener hasta un templo, en Roma, donde su número y su influencia llegó a ser tal que el emperador Claudio les expulsó de la ciudad, y hacia el oriente en las regiones de Mesopotamia y Persia. Aunque frecuentemente criticados y hasta despreciados como medio paganos por los judíos de Palestina, en realidad era una parte importantísima del judaísmo. Fueron los judíos de la dispersión quienes tradujeron la Biblia del hebreo al griego, y quienes con sus ofrendas contribuían una cantidad notable al sostén del Templo en Jerusalén. Además, muchos de ellos regresaban a Jerusalén en su ancianidad, para estar allí en el día de la resurrección final.

Recomendaciones educativas:

Objetivos

1. Introducir el libro de Santiago, explicando que incluye mucho de lo que hemos visto en la larga tradición hebrea sobre la sabiduría.
2. Invitar a la clase a pedirle sabiduría a Dios. Pero al mismo tiempo dejar bien claro que la sabiduría que estamos pidiendo no es cosa fácil, sino que requiere compromiso.
3. Recordarnos que, aunque Dios requiere sabiduría, obediencia y buena conducta, nuestro Dios es amor, que como dicen los Salmos, «Para siempre es su misericordia», y que por tanto cuando nos apartamos de los caminos de la sabiduría y del bien, Dios sigue dispuesto a recibirnos y volvernos al buen camino.

Inicio

1. Explique que hoy empezamos la última unidad sobre la sabiduría. Recuérdele a la clase que en la primera unidad estudiamos la sabiduría en el Antiguo Testamento, y en la segunda la estudiamos en los Evangelios y lo que estos nos dicen acerca de Jesús.
2. Explique que, si la sabiduría bíblica es cuestión de andar por el camino del bien, de cumplir los mandamientos de Dios, y de evitar toda clase de mal, la epístola de Santiago es un libro de sabiduría. Lo que es más, entre todos los libros del Nuevo Testamento ninguno se parece más a la antigua literatura de sabiduría que esta epístola.

Desarrollo

1. (Si le parece útil y necesario) Explique la estructura de las cartas antiguas, que empezaban por el nombre de quien las escribía, seguido primero del nombre del

destinatario, después de un saludo, y por fin del cuerpo mismo de la carta. En Santiago, todos los elementos preliminares se despachan en el primer versículo, y en el segundo ya estamos en pleno cuerpo de la carta.

2. Explique que el pasaje que estudiaremos tiene tres secciones principales que forman como un emparedado. Una de las rebanadas de pan son los versículos 2-4; y la otra, los versículos 9-11. Entre esas dos secciones, los versículos 5-8 vienen a ser como la carne en medio del emparedado. Esos versículos son el centro de la lección. Las otras dos secciones explican algo importante sobre la sabiduría que se ofrece en 1.5-8.
3. Invite a la clase a discutir tres puntos:
 - a. Por qué el pasaje dice que las pruebas deben ser causa de regocijo. ¿Será verdad?
 - b. Lo que el pasaje dice sobre los humildes y los ricos. ¿Escuchamos esto frecuentemente en la iglesia?
 - c. Por qué el pasaje dice que si le pedimos a Dios sabiduría, y si lo haremos con fe, Dios nos la dará. ¿Qué quiere decir en este caso lo de pedir con fe? ¿Por qué es que en algunos casos Dios no le concede sabiduría a quien se la pide?

Cierre

Termine la clase resumiendo esta última discusión. Sugiera que durante esta semana, al terminar sus devociones cada día, los estudiantes eleven una vez más la oración con la que termina la clase de hoy.

Cierre la clase con esa oración.

Análisis de la Escritura:

Santiago 1.1: Como se practicaba en el género epistolario entonces, la carta empieza declarando quién la escribe (a diferencia de hoy, cuando la firma es lo último), a lo que sigue el nombre de la persona o personas a quienes se escribe. Después viene una salutación que puede ser corta o larga. Y por fin sigue el contenido mismo de la carta.

El autor que escribe la carta es «Santiago». Este es el mismo nombre que en los Evangelios es «Jacobo», pues en el español antiguo «Jacobo» era «Iago». Al darle el título de santo se le empezó a llamar «Sant'Iago», y a la postre «Santiago». «Jacobo» era nombre frecuente entre los judíos, por haber sido el nombre de uno de los patriarcas. Entre los discípulos de Jesús había dos: Santiago (o Jacobo) el mayor y Santiago el menor. Y había además Jacobo el hermano de Jesús, quien al principio no le siguió, pero después llegó a ser uno de los pilares de la iglesia en Jerusalén. Este parece ser el «Santiago» a quien se atribuye la epístola que estudiaremos durante este mes.

Los destinatarios son las «doce tribus de la dispersión». Esa frase era un modo de referirse a la totalidad del pueblo de Israel. Pero aquí Santiago no parece estar dirigiéndose al pueblo de Israel, sino más bien a la comunidad cristiana en todas partes del mundo. Esto nos recuerda que en Hechos 15.13-29 Jacobo (Santiago) es uno de los principales personajes que deciden

escribirles a todos los creyentes de origen gentil que se encontraban esparcidos por Siria y Cilicia.

Por último, este versículo termina con una brevísima salutación: «Saludos».

v. 1.2: Aquí entramos de lleno al cuerpo de la carta. Los «hermanos» a quienes Santiago se dirige pueden ser solamente los varones o no, pues en griego, al igual que en español, el masculino plural puede tener varios sentidos. Por ejemplo, si una persona le pregunta a otra, «¿cuántos humanos tienes?», la respuesta bien puede ser «Tengo cinco, dos hermanos y tres hermanas».

Las «pruebas» en las que los lectores han de gozarse pueden ser tentaciones o dificultades, pues en griego la misma palabra quiere decir ambas cosas. Aquí parecen ser dificultades, dolores, y otras tribulaciones. Pero más adelante, en 1.12, se usará la misma palabra en el sentido de tentación. Algunos comentaristas sospechan que hay aquí una especie de juego de palabras, indicando que las dificultades son tentaciones a la desesperación, la incredulidad y la desobediencia.

vv. 1.2-4: Lo que aquí se sugiere es difícil e inaudito para quien no entienda el carácter de la fe. No se sugiere sencillamente soportar las dificultades y dolores, es decir, resignarse ante lo inevitable. Tal resignación puede ser una actitud necesaria ante lo inevitable, para no caer en la

desesperación. Pero no es a eso que Santiago se refiere. Lo que aquí se aconseja es gozarse en medio de tales pruebas. No gozarse porque se esté pasando por tales circunstancias—lo cual sería la enfermedad que llamamos masoquismo. Tampoco consiste en pretender que el mal no es real, o que no nos duele, o que somos superiores al dolor—lo cual sería un mero estoicismo. Se trata más bien de sentir gozo al mismo tiempo que se sufre. Según Santiago, esas pruebas, con todo y ser dolorosas, producen paciencia. Y la paciencia lleva a la perfección.

Esto de la perfección requiere clarificación. Se trata de una perfección continua, de una perfección que consiste, no en haberlo alcanzado ya todo, sino en seguir avanzando constantemente hacia el conocimiento de Dios, hacia lo que Dios quiere que seamos. Es una perfección para el momento en que estamos en medio de nuestro desarrollo, como la de un recién nacido que decimos es perfecto, no porque sea adulto maduro, sino porque es como debería ser en esa etapa de su vida. Esto es de suma importancia, porque de otro modo la supuesta perfección se vuelve una especie de santurronería que nos lleva a proclamarnos mejores que los demás. En realidad, en este camino de perfección somos muchos los corredores, y solamente podemos correr si nos ayudamos mutuamente.

vv. 1.5-8: Esto se relaciona con lo que vimos la semana pasada, en el sentido de que pedir en nombre de Jesús no es pedir lo que nos parezca, sino pedir lo que Jesús quiere que pidamos. En este caso, Santiago les promete sabiduría a quienes la pidan. Pero solamente a quienes la pidan con fe.

Esto necesita aclaración, pues no quiere decir que si un estudiante le pide a Dios que le enseñe trigonometría sin tener que estudiarla Dios se la va a enseñar. La «sabiduría» de que se trata aquí no es esa clase de conocimiento, sino que es la sabiduría que hemos venido estudiando todo el trimestre. Es saber vivir como Dios manda. Es saber tomar decisiones correctas. Es saber dar consejos adecuados.

Por eso, cuando Santiago dice que la sabiduría se ha de pedir con fe, esto no quiere decir únicamente que hay que creer que Dios puede darla. Quiere decir también que estamos dispuestos a recibir esa sabiduría y a seguirla. Como vimos anteriormente, quien no oye la voz de la sabiduría no oye porque no quiere oír. De igual modo, quien pide sabiduría, pero no para seguirla, es lo que Santiago llama una persona «de doble ánimo», es decir, una persona incapaz de seguir un curso firme, lo que hoy llamamos una veleta. Y la imagen que Santiago usa para describirla se refiere también a las variaciones del viento, pues dice que tal persona es como las olas, que van donde el viento las manda.

vv. 1.9-11: Aquí encontramos un tema común en los Evangelios, que quien se humilla será exaltado, y quien se exalta será humillado—lo que en las enseñanzas de Jesús repetidamente se expresa diciendo que los primeros serán postreros, y los postreros serán primeros. Este pasaje es importante porque frecuentemente pensamos que la fe cristiana debe llevar a todos a humillarse igualmente. Pero aquí Santiago dice otra cosa. Aquella persona a quien la sociedad humilla, que desde el punto de vista de esa sociedad es nadie, que no tiene nada, se ha de

gloriar en su exaltación. Se ha de gloriar porque sabe que es hijo o hija del Gran Rey. Pero lo contrario es cierto de quien se encuentra en el polo opuesto. Aquí Santiago expresa esto en términos bien concretos. No se trata únicamente de tener una actitud u otra. Aquí Santiago habla de las riquezas materiales, y dice que quien las tiene ha de gloriarse en su humillación. Como veremos más adelante en nuestro estudio, esa humillación no se limita tampoco a declararse humilde, o a pronunciar palabra de humildad, sino que tiene que ver con el modo en que esa persona rica utiliza sus riquezas. Tiene que ver con utilizar esas riquezas solidarizándose con quien no las tiene, haciéndose humilde junto a quien la sociedad declara humilde.

Aplicación:

El pasaje está tan claro que buena parte de la aplicación resultará obvia. Pero cuando lo examinamos dentro del contexto de nuestro estudio sobre la sabiduría vemos que el pasaje se divide en tres partes. La primera de ellas trata acerca del modo de enfrentarse a las pruebas y sufrimientos. La tercera trata acerca de la necesidad de que el humille sea exaltado y que quien es exaltado se humille. Y el puente entre estos dos temas, al centro del pasaje, es la sabiduría.

Esto da a entender que para hacer lo que sugiere el principio del pasaje, es decir, para gozarse en las pruebas, hace falta sabiduría. E igualmente da a entender que la misma sabiduría es necesaria si el humilde ha de ser verdaderamente exaltado y si el exaltado o el rico ve a humillarse verdaderamente, uniéndose al humilde. Sin esa sabiduría, gozarse en las pruebas no es sino masoquismo. Y declararse humilde bien puede no ser más que hipocresía.

Entonces el centro del pasaje viene a ser la sección que se refiere a la sabiduría. Y aquí quizá Santiago nos sorprenda invitándonos a pedirla. Sabemos que unas personas son más inteligentes que otras, y que quien carece de inteligencia no la tendrá por el solo hecho de pedirla. Y lo mismo es cierto del conocimiento. Ya hemos mencionado el caso del estudiante que le pide a Dios que le enseñe trigonometría, para así no tener que estudiar tanto. Lo más probable es que ese estudiante haría mejor pasando el tiempo estudiando en lugar de pedirle a Dios que le ahorre el trabajo.

Santiago dice que hemos de pedir sabiduría. Pero esa sabiduría no es conocimiento ni inteligencia. Es más bien saber cómo vivir del modo que Dios desea—en otras palabras, cómo vivir sabiamente. Y promete que quien la pide la recibirá. Este es el primer punto que debemos recalcar al estudiar este pasaje. De ahí el título de esta lección: «¡Pidéla!».

Ciertamente, debemos pedir sabiduría. Y Santiago nos promete que si la pedimos la recibiremos. Todo lo que hemos estudiado durante todo este trimestre, ¡será nuestro!

Pero la cosa no es tan sencilla, pues Santiago dice que hay que pedirla con fe. Hay que pedirla con esa fe que es por una parte confianza y por otra compromiso. Hay que pedirla esperando que Dios nos la dé. Y hay que pedirla comprometiéndonos a seguirla.

Es ahí donde está la dificultad. En las semanas pasadas hemos visto repetidamente que una de las principales razones por la que quienes la Biblia llaman necios o insensatos no oyen el llamado de la sabiduría es que no quieren seguirla. Para seguir el camino de la sabiduría no se puede ser como una veleta, o como las olas del mar, que el viento lleva unas veces en una dirección y otras en otra. Al pedir la sabiduría nos estamos comprometiendo a seguirla. De otro modo, Dios sencillamente sabrá que es mejor no dárnosla.

Partiendo entonces de ese punto en el pasaje en el que se nos invita a pedir la sabiduría, vemos que Santiago nos da dos razones por las que se nos hace difícil seguir ese camino, y que por tanto le cierran el paso a la sabiduría que Dios quiere darnos.

La primera de esas razones aparece en los versículos 2-4. No queremos tener que gozarnos en medio de nuestras pruebas, dificultades y dolores. Respecto a tales pruebas, preferiríamos negarlas, tratar de convencernos de que no existen, o que en realidad no duelen. O podemos también maldecirlas y maldecir a quienes nos las traen. Y podemos también resignarnos, sufrir calladamente—como comúnmente decimos, «aguantar». Y hasta podemos reaccionar como un masoquista, quien dice que después de todo esos dolores le gustan. Pero la sabiduría a la que Santiago se refiere requiere otra cosa. Requiere que, sin negar ni ocultar el sufrimiento y el dolor que tales pruebas producen, nos gloriamos sabiendo que en fin de cuentas todo está en manos de Dios; y requiere que, sobre la base de esa fe, crezcamos en paciencia. Eso no es fácil. Pero es a eso que nos comprometemos al pedir sabiduría.

Y entonces, en los versículos 9-11, Santiago nos da razones más concretas por las que no queremos comprometernos con la sabiduría. Si somos ricos o privilegiados, la sabiduría nos compromete a humillarnos, a compartir lo que tenemos, a compartir nuestros privilegios con quienes no los tienen. Eso no es fácil cuando toda la sociedad en torno nuestro nos ha dicho repetidamente que nuestro propio valor como seres humanos depende de lo que tenemos, de cuántas riquezas acumulamos, de cuántas personas nos admiran o tienen que seguir nuestros dictados. Exigir que dejemos a un lado ese modo de pensar acerca de nuestra propia valía es un requerimiento radical. No es cuestión de amar a los demás un poquito más, ni tampoco de darles un poquito más de lo que tenemos. Es cuestión de colocar ese amor por los demás a la par del amor propio, y de colocar lo que tenemos y lo que somos al servicio de los necesitados y de la justicia y la paz. En una palabra, como Jesús le dijo a Nicodemo, es cuestión de nacer de nuevo.

Y algo semejante, aunque quizá no tan difícil, se les exige a los humildes. Se espera que dejen de aceptar que son humildes, así, sin más, sin acordarse de que son hijos e hijas de Dios. Una persona humillada por la sociedad sufre la tentación de aceptar esa humillación para no tener que enfrentarse a las injusticias de esa sociedad. ¡Y ahora Santiago le dice que ha de gloriarse en su exaltación! Esto puede ser muy amenazante para quien ha sido repetidamente humillado.

Pensemos entonces, ¿estamos dispuestos a aceptar y seguir esta sabiduría que le estamos pidiendo a Dios? ¿Somos veletas u hondas llevadas por el viento? ¿O somos roca firme, sobre la

cual se asentará la sabiduría para nunca más dejarnos? Lo más probable es que seamos ambas cosas. Como veletas, no podemos esperar que Dios nos dé sabiduría. Como rocas—o personas que queremos ser rocas—pidamos sabiduría, comprometiéndonos a seguirla.

Pero, ¿qué entonces cuando, incluso tras comprometernos, fallamos en nuestro intento, nos dejamos llevar por una ráfaga de viento inesperada? Entonces tenemos que recordar otro elemento de la sabiduría divina que Santiago no recalca, pero que hemos visto repetidamente: el Dios que da sabiduría es también Dios de gracia y amor, dispuesto a escuchar nuestras palabras de arrepentimiento y a devolvernos al camino de la sabiduría.

Resumen:

El punto central de la lección es que Dios le dará sabiduría a quien la pida. Dios quiere darnos sabiduría. Pero, puesto que tener esta sabiduría bíblica no es cuestión de saber mucho, sino de vivir, pensar, sentir y actuar de cierto modo, Dios le dará tal sabiduría solamente a quien se hace el firme propósito de seguirla. Esto no es fácil, pues, como hemos visto repetidamente, las exigencias de la sabiduría son serias y difíciles.

En el pasaje que estudiamos, Santiago da dos ejemplos fundamentales de lo que la sabiduría requiere. El primero de ellos se refiere a nuestra actitud ante las muchas dificultades que la vida presenta. Al tiempo que nos dolemos por tales dificultades, dolores y decepciones, no podemos dejar que ese dolor nos arrastre hacia la ira o la desesperación. Al contrario, hemos de ver tales

situaciones como ocasiones para aprender y practicar la paciencia. Y esto a su vez nos llevará por el camino del perfección hacia mayor sabiduría.

El segundo ejemplo es la necesidad de que el humillado reafirme su valor e importancia, y el rico y privilegiado utilice lo que tiene y la sociedad que el prestigio le da, no para tener más o para tener más prestigio, sino en beneficio de los demás.

Por último, hemos señalado que, aunque Dios espera que sigamos el camino de sabiduría, cuando no lo hacemos y volvemos a él en arrepentimiento, Dios es bueno y misericordioso para restaurarnos.

Lecturas devocionales para la próxima semana:

Lunes: Levítico 19.13-18

Martes: 2 Tesalonicenses 1.3-5, 11-12

Miércoles: Lucas 6.20-26

Jueves: 1 Pedro 3.13-19

Viernes: 1 Corintios 1.26-31

Sábado: Santiago 2.1-7

Domingo: Santiago 1.19-27